



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

¡Mueran los FRAILES!

JUAN CANTAVELLA recoge la visión novelesca y romántica, aparecida hace 150 años, del estallido anticlerical de Barcelona de 1835, que causó la muerte de muchos religiosos y la destrucción de numerosos conventos

En dónde estamos? La ciudad se convierte en un mar de llamas. Un nuevo incendio hacia este lado de mediodía. Este es mucho más cerca. Es el convento de Trinitarios descalzos. Otro incendio todavía: hacia el convento de San José. ¡O iras y abominaciones de los hombres!"

Los dos franciscanos que desde la azotea de su convento barcelonés contemplan los penachos de humo que se alzan en distintos puntos de la ciudad presienten que los incendiarios no tardarán en sumar una nueva destrucción a las muchas que han emprendido, cuando se lancen sobre aquel esplendoroso edificio que les cobija: "El furor y la gritería se aumentan. ¡Fuego! gritan unos; ¡muera! dicen otros (...). Muy luego resonaron ante las puertas de nuestro santuario unos gritos espantosos, en los cuales la ira daba creces a las más nefandas blasfemias (...). El incendio ceñía nuestra morada y la alumbraba por todos sus ángulos y por todas sus puertas".

Así se consuma la destrucción del monasterio y la muerte para la mayoría de los religiosos que lo habitan. El crepitar de las llamas resuena con estrépito junto a los ayes lastimosos de las víctimas de tamaña carnicería.

Tales descripciones se contienen en las páginas centrales de la novela *Las ruinas de mi convento* que, si bien apa-



Al grito de "más vale morir que esclavos vivir" se despedía un batallón de voluntarios de Isabel II, a comienzos de la I Guerra Carlista.

reció anónima en 1851, varias ediciones después ya consignaba el nombre de su autor. Fernando Patxot (Mahón, 1812-Barcelona, 1859) rehuía la notoriedad, pues en la primera aparición del relato el editor confiesa que no ha podido vencer la repugnancia del autor para que se estampara su identidad. Cuando se lo pidió, la respuesta fue del siguiente tenor: "¿Qué es un nombre más o menos en el inmenso catálogo de los escritores que han dado el suyo a la prensa? El mío está en el alfabeto, y yo no soy más que un cadáver vivo. A muchos les es grata la abundancia de luz: a mí me deslumbra".

Con fuerza hubiera brillado, desde luego, porque no menos de ocho ediciones de esta novela se imprimieron en España durante el siglo XIX y al menos siete en el siguiente. Además, de forma inmediata fue traducida al alemán (1852), al francés (1857) y al italiano (1857), más algunas ediciones en países

hispanoamericanos. Esta narración tuvo su continuación en *Mi claustro* (que apareció firmado por Sor Adela, 1856) y en *Las delicias del claustro y mis últimos momentos en su seno* (1858).

Hasta la sexta edición (1871) no aparece el nombre del autor, mas para entonces ya hacía doce años que había muerto. Esta falta de ambición, unida al hecho de que a lo largo de su vida empleara distintos seudónimos, como Ortiz de la Vega y Gutiérrez de la Peña, llevaron a que se discutiera su autoría. Uno de los traductores italianos se la atribuye al franciscano P. Ramón Boldú y algún comentarista posterior sugiere que, si bien es obra del menorquín, probablemente se inspiró en el relato escrito por algún fraile que vivió los terribles sucesos del año 1835.

Testimonio relevante

Sea como fuere, *Las ruinas de mi convento* constituye un testimonio relevante sobre lo que acaeció en Barcelona durante los tiempos en que gobernaba España el conde de Toreno bajo la regencia de María Cristina. Para Sánchez Mantero, "no era de esperar que el nuevo jefe del Gabinete emprendiera una política de cambios espectaculares hacia la izquierda, ni para terminar la guerra carlista por la vía rápida. Y eso fue precisamente lo que encrespó los ánimos de los más impacientes (...). En Barcelona también se registraron motines populares, y en ésta y otras ciudades se formaron las juntas revolucionarias". Raymond Carr

JUAN CANTAVELLA es catedrático de Géneros Periodísticos, Facultad de Ciencias de la Información, *Universitas Nebrisensis*, Madrid.

El alineamiento de gran parte del clero con la causa de Don Carlos prendió la mecha anticlerical durante la I Guerra Carlista (1833-1840). En la imagen, la acción de Albocacer, Castellón (*Historia de la guerra y de los partidos liberal y carlista*, de A. Pirala).



a
usó
ntos

ión tuvo
que apa-
(56) y en
últimos

no apa-
para en-
ue había
a, unida
e su vida
os, como
de la Pe-
ra su au-
alianos se
ción Bol-
terior su-
menor-
s en el re-
vivió los

le mi con-
relevante
elona du-
ernaba Es-
o la regen-
chez Mar-
l nuevo je-
na política
nacia la iz-
guerra car-
ne precisa-
mos de los
elona tam-
opulares, y
armaron las
mond Carr-

LAS BULLANGAS DE BARCELONA

Al comienzo del verano de 1835, Barcelona era un hervidero de agitación social. La ciudad sufría doblemente las consecuencias de la I Guerra Carlista que, desde hacía ya dos años, desgarraba España y que, en tierras catalanas, tenía especial virulencia. En aquel enfrentamiento entre los liberales, defensores de los derechos de Isabel II, que representaba la regente María Cristina, contra los partidarios del absolutismo encarnado por Don Carlos de Borbón, que se negaba a reconocer los términos del testamento de su hermano Fernando VII, las capas populares urbanas llevaban la peor parte. De ellas se nutrían las milicias voluntarias que, lejos de su hogar, se enfrentaban y morían, luchando contra las partidas carlistas, y sobre ellas recaían también las consecuencias del estancamiento económico provocado por la crisis bélica. Su indignación no hacía más que crecer cuando suponían que las autoridades civiles y militares no actuaban eficazmente contra quienes, en las ciudades, colaboraban con los carlistas. La sospecha, fundada, apuntaba a las comunidades del clero regular, que desde el comienzo de la crisis bélica se había alineado claramente en favor de las tesis del pretendiente. Acusados de financiar y proporcionar ayuda a la reacción, los religiosos acabarían convirtiéndose en blanco de las exacerbadas iras populares.

La furia anticlerical que derivó en la quema de conventos barceloneses aquel verano de 1835 tuvo precedentes cercanos. A comienzos de julio, concretamente el día 6, en la ciudad de Zaragoza, el fracaso de un movimiento que reclamaba al Gobierno, presidido por el conde de Toreno, el restablecimiento de la Constitución de 1812 ya se había saldado con el asalto a varios conventos. Sin embargo, serían los sucesos de Reus los que darían la pauta de lo que iba a suceder. El 22 de julio, la muerte de 5 milicianos urbanos a manos de una partida carlista, en la que se decía actuaban varios frailes—uno de los cuales supuestamente habría ordenado crucificar y sacar los ojos de sus víctimas—provocó el asalto a un convento de carmelitas y a otro de franciscanos, con un balance de 20 religiosos asesinados.

Tan sólo tres días más tarde, el 25, en la calurosa tarde de la festividad de Santiago, la mecha anticlerical prendió en Barcelona. Los disturbios no pudieron tener un origen más extravagante: la mala calidad de la corrida que se lidiaba en la plaza del barrio marítimo de la Barceloneta



Asalto y profanación de los conventos de San Lázaro y Santo Domingo de Zaragoza, durante el motín liberal del 6 de julio de 1835.

provocó la irritación del respetable. Al llegar al quinto toro, los espectadores no se contuvieron y, destrozando bancos y asientos, se lanzaron al ruedo, apedrearon al pobre astado hasta darle muerte y luego, atado de una soga, se dispusieron a arrastrarlo por las calles de la ciudad. Ahí empezó la furia incendiaria. Intentaron, sin conseguirlo, prender fuego a la iglesia de la Merced y, al llegar a las Ramblas, a la altura del Pla de la Boquería, la emprendieron con éxito contra el convento de San José. Poco después, los carmelitas calzados de la calle del Carmen, los dominicos de Santa Catalina, los agustinianos de la calle Hospital y los trinitarios descalzos de las Ramblas eran pasto de las llamas, mientras en el seminario de San Vicente de Paúl, frailes y seminaristas se enfrentaban a pedradas con los asaltantes. Como consecuencia de estos desmanes, que el pueblo barcelonés contempló pasivamente,

sin que se produjera ni la intervención del ejército ni de las milicias urbanas, murieron 16 religiosos. Hay que anotar, sin embargo, que en ningún momento se atentó contra el clero secular ni tampoco fueron atacados los conventos femeninos.

El ejemplo de aquella noche incendiaria iba a propagarse rápidamente. Entre el 26 de julio y los primeros días de agosto, diversos conventos y monasterios, tanto cercanos a la ciudad como de otras comarcas catalanas, fueron atacados y saqueados. Así sucedió, por ejemplo, con Sant Jeroni de la Murtra, Sant Cugat del Vallés, la cartuja de Montalegre, Scala Dei, Santes Creus o Poblet. Se calcula que todo ello provocó la exclusión de unos 3.200 religiosos y la muerte de otros treinta.

El día 5 de agosto tendría lugar el segundo acto de las bullangas barcelonesas, esta vez con víctimas muy distintas. La primera y muy notoria, fue el general Bassa, el militar que había sido enviado por el ministro de la Guerra y antiguo capitán general de Cataluña, Manuel de Llauder, para reprimir las alteraciones. Grupos exaltados asesinaron a Bassa, lo arrojaron por un balcón y lo arrastraron por las calles de la ciudad, al tiempo que derribaban una estatua de Fernando VII y destrozaban las casetas del pago de consumos. La furia popular se dirigió entonces contra *El Vapor*, la importante fábrica textil que la empresa Bonaplata, Vilaregut, Rull y Cía. tenía en la calle Tallers. Su incendio, expresión del rechazo contra las nuevas máquinas por parte de tantos trabajadores manuales y domiciliarios, supondría sin embargo un punto de inflexión en la revuelta y desataría los temores de la burguesía liberal. Los mismos que pudieron contemplar apenas sin inmutarse cómo ardían los conventos de la ciudad, empezaron a temer entonces las consecuencias "negativas" para la propiedad privada que podían derivarse de la acción incontrolada de las masas populares. A partir de este momento, las autoridades se verían respaldadas en su intervención para reprimir disturbios de esta naturaleza.

ASUNCIÓN DOMÉNECH



Este grabado, que representa la toma de la villa catalana de Berga por los carlistas, subraya la **confraternización entre frailes y tropa**.



El conde de Toreno, presidente del Consejo de Ministros entre junio y septiembre de 1835, durante la Regencia de María Cristina.

asegura que Barcelona "se estaba convirtiendo rápidamente en una capital revolucionaria". Otros autores aluden a una reacción frente a los problemas de carestía, así como desmanes cometidos por carlistas contra prisioneros nacionales. Julio Caro Baroja menciona lo que puede parecer una broma de los adversarios ideológicos, que la furia popular pudo ser provocada por una mala corrida de toros: ¡Hechos más peregrinos han desencadenado tormentas no menos funestas!

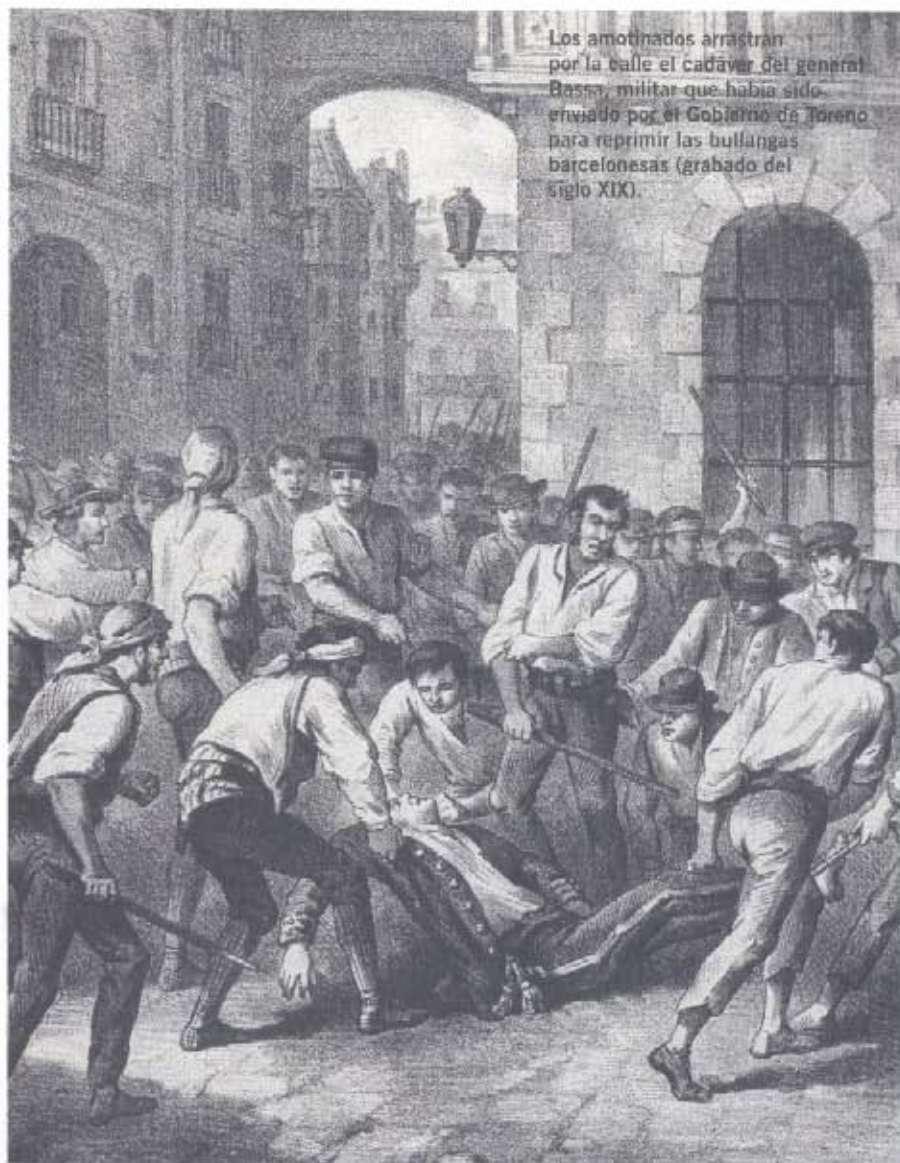
El trato a los clérigos

Esta época constituye la parte central del relato de Patxot, católico fervoroso y proselitista, cuya máxima aspiración en el relato es que los criminales tengan un acto de perfecta contrición en su agonía y de esa manera alcancen la salvación. Pero a lo largo de toda la novela está muy pendiente de respuntar la historia del protagonista con referencias al

trato político y social que recibía el elemento clerical.

Cuando Manuel solicita entrar en clausura (debía ser al comienzo del Trienio Liberal), su protector le advierte: "Dime primero si sabes que el siglo, ese a quien llamas tu enemigo, ha entrado en ira contra nosotros, y se opone a que se aumente el número de nuestros hermanos, y aún nos amenaza con cerrarnos de un momento a otro las puertas del claustro, y arrojarnos de él como de una mansión extraña" (...) "nuestros hermanos del siglo nos declaran una guerra de exterminio".

La borrasca o la tempestad de 1822 —con ambos términos se la califica— lleva a los religiosos a dispersarse y los protagonistas la pasan en una feligresía situada en un rellano de los Pirineos, felices pese a todo porque no hicieron otra cosa que mudar la soledad de sitio: "El rumor de la lucha llegaba a veces hasta no-



Los amotinados arrastran por la calle el cadáver del general Bassa, militar que había sido enviado por el Gobierno de Toreno para reprimir las bullangas barcelonesas (grabado del siglo XIX).

sotros, pero a manera de un eco amortiguado". Su postura al volver los absolutistas al poder es por entero neutral—algo difícilmente creíble en una sociedad partida en banderías, con un clero combativo contra el liberalismo las más de las veces—, lo que le lleva a suplicar en sus rezos: "Apartad del pecho de los vencedores todo sentimiento de ira, y haced que con la dulzura alejen del corazón de los vencidos toda propensión a la venganza".

Al estallar la primera guerra carlista se agudiza de nuevo el sentimiento anticlerical. Explican de un marino: "Es de los que dicen que el convento que desde aquí veis confía verle reducido a escombros". Estas palabras, según apostilla el narrador, "revelaban los progresos que en la opinión pública hacía la idea de la inutilidad de nuestros establecimientos, de unos tenazmente defendida, y de otros con esfuerzo combatida".

Heridos junto a los conventos

No fue neutral el clero en esta guerra, también incivil, pero allá donde se producía esta actitud tampoco era aceptada por la masa beligerante. Si alguien caía herido a la puerta de un convento y los religiosos le asistían sin importarles el bando en el que militaba, "luego los enemigos de aquella víctima llamaban a nuestras puertas con imprecaciones, y nos hacían furiosos cargos porque habíamos dado acogida y socorrido en sus últimos momentos a un desventurado".

Llegamos de esta manera a los sucesos

LA ATRIBULADA VIDA DE FERNANDO PATXOT

No fue una existencia fácil la que hubo de soportar el escritor menorquín Fernando Patxot y Febrec. En primer lugar su nacimiento en Mahón (1812) fue circunstancial, fruto de la mala situación que atravesaba Cataluña, ocupada por el ejército francés. Fueron muchos los naturales del Principado que escaparon así de sus desmanes, hasta el punto que aquel tiempo es conocido en la isla como *els anys dels catalans*.

La muerte de una hija de corta edad y de un hijo ya crecido, el fracaso económico en un negocio de seguros y la depresión que le atenazó en los últimos años de su vida (a pesar de los éxitos que cosechó en el campo literario) le llevaron a una temprana muerte a los 47 años, presentida por él en un artículo publicado en *El Telégrafo*, el periódico barcelonés que dirigía. Según Rubió y Lluch, "bajaba la escalera de su casa, cuando

le dio un vahído y perdiendo el equilibrio fue a caer por el ojo de la escalera"; según Hernández Sanz, "arrojóse por el ojo de la escalera de su propia casa, quedando en su



Fernando Patxot vivió de cerca los sucesos que describe en *Las ruinas de mi convento*.

caída con el brazo izquierdo destrozado por distintas partes, la cabeza partida y lleno su cuerpo de contusiones. Al anochecer del día de la fatal catástrofe murió, entre acerbos dolores, el que tanto trabajara para mitigar los de sus semejantes".

Los sucesos que describe en *Las ruinas de mi convento* los vivió muy de cerca, pues para entonces era fiscal de la Intendencia Militar de Cataluña (era doctor en Derecho por la Universidad de Cervera). Curiosamente tampoco estuvo lejos de los que se produjeron en Madrid un año antes: en 1834 fue a la Corte para recibir el título de abogado de los Reales Consejos y allí enfermó de cólera, como miles de madrileños. A punto estuvo de entregar su alma y aun de ser enterrado vivo, circunstancia que hace atravesar a su protagonista, lo que provoca su fulminante conversión y su ingreso en el convento.

revolucionarios del verano de 1835 en Barcelona, que tuvieron tres manifestaciones principales: la quema de conventos y el asesinato de unos ochenta religiosos, la destrucción de la fábrica textil de Bonaplata y el asesinato del general Bassa, encargado por el capitán general de Cataluña de mantener el orden en la ciudad. A todo ello alude la novela de Patxot, aunque presta más atención a lo primero, pues no en vano el protagonista es un religioso seráfico que sufre en sus carnes la acción de los grupos incontrolados.

El padre Manuel contempla la desbandada de sus compañeros, muchos de los cuales perdieron la vida en las celdas y corredores o al ser descubiertos por las calles; no puede impedir el asesinato del superior y tiene que huir constantemente del peligro de muerte que le acecha; salva su vida al refugiarse en las catacumbas, cuya existencia él y los demás ignoraban, pero desde allí asiste a correligionarios y aun a los descreídos cuando se hallan en trance de perderse para siempre sin los auxilios de la religión... Esta presencia en el escenario de los hechos le permite narrar cuanto acontece en aquel entorno, donde parecen concentrarse las iras y los desmanes del populacho.

Botín y sangre

La ira de los incendiarios, aunque no planificada, si parecía unánime en cuanto a su odio anticlerical, que abarcaba tanto a los edificios religiosos como a sus moradores.



Un grupo de frailes se manifiesta en las calles en favor del pretendiente Carlos V de Borbón.

— ¿De qué nos servirá, decía uno, destruir la madriguera, si se escapan las zorras?
 — Y ninguno escape de ella con vida.
 — Os vais a perder en un laberinto de corredores, decía otro, y se os escapará la presa.
 — No, que no habrá piedra que no removamos ni escondite en que no penetraremos.
 — De esta manera descubriremos los tesoros que deben tener ocultos.
 — ¿Y para qué? Perezcan con ellos sus te-

soros. Yo no quiero botín, sino sangre.
 — Y venganza.
 — Venganza implacable.
 — Que el fuego haga salir de su cueva a los reptiles.
 — Así perecerán ellos y sus moradas.
 — Fuego en ellos y en ellas".

Uno de los asesinos, al que presenta en su ferocidad con una teca en una mano y con una daga en la otra, expone los motivos de su odio: "Ya no más hipocresías bajo los cilicios; ya no más or-

ANTICLERICALISMO ESPAÑOL

Bien conocidos son los hechos que tuvieron lugar justamente un año antes en Madrid (los sofocos de julio debieron alterar a madrileños y barceloneses), cuando una epidemia de cólera que se expande por la Corte lleva a la exasperación de los ciudadanos, al atribuirle a un intencionado envenenamiento de las fuentes. Eso provoca un amotinamiento que se ceba en los frailes, con el asesinato de unos ochenta (17 de julio de 1834). Un año después, también en julio, hubo desmanes del mismo género en Zaragoza y en Reus.

El novelista que más atención prestó a estos

acontecimientos fue Pérez Galdós, quien en sus *Episodios Nacionales* dedica muchas páginas a narrarlos en *Un faccioso más y algunos frailes menos*. En una posición contraria a la tesis galdosiana se sitúa la novela *Marta o la hija de un jornalero*, de Wenceslao Ayguals de Izco.



Fraile asesinado en Barcelona, julio de 1835 (grabado de 1894).

Para explicar el ambiente anticlerical en la mentalidad popular e, incluso, en parte de la intelectualidad, es de sumo interés el libro de Julio Caro Baroja, *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español* (Madrid, Istmo, 1980), así como el de Manuel Revuelta, *El anticlericalismo español en sus documentos* (Barcelona, Ariel, 1999). En éste se reproducen abundantes textos periodísticos y coplas populares que circulaban en el XIX, juntamente con testimonios de los testigos de algunas acciones. También es útil la obra colectiva *El anticlericalismo español contemporáneo* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1998), editado por Emilio La Parra.



Numerosos frailes participaron, en las **partidas armadas** que se levantaron en favor del infante don Carlos, especialmente en las provincias vascas (grabado del s. XIX).

gullo bajo la cogulla: ya no más dominaciones encubiertas bajo el hábito ceniciento". No cabe duda de que buena parte del pueblo contemplaba a los religiosos desde la distancia y la desconfianza, pero es que la imagen que proyectaban éstos era de falsedad, de soberbia y de prepotencia. Eso es lo que lleva, juntamente con una actitud retrógrada en la política y su alianza con los poderosos, a que se conviertan en chivos expiatorios cuando el malestar social se vuelve inaguantable. El escepticismo de Patxot le hace exclamar: "Hoy los persiguen y los abrazarán mañana".

En cuanto al general Pedro Bassa, que

este hombre era no querer consentir en que los inocentes fuesen perseguidos".

La destrucción de la fábrica textil de Bonaplata constituye una de las muestras de luddismo en nuestro país, que si bien escasas también se produjeron. Ese movimiento, que se inicia en Inglaterra, consiste en la actuación obrera contra la maquinaria que se estaba introduciendo en las fábricas, pues era vista como un peligro para el mantenimiento de los puestos de trabajo y una competencia desleal para los trabajadores. En España también se dieron otros casos, como el de Alcoy en 1821.

El resumen de la situación lo propor-

LOS RELIGIOSOS PROYECTABAN UNA IMAGEN DE PREPOTENCIA QUE INFLUYÓ EN QUE FUERAN CHIVOS EXPIATORIOS DEL MALESTAR SOCIAL

debía sofocar la revuelta y pereció en el intento, no es citado por su nombre en las páginas de la novela, pero se habla de un militar que llega con ánimo de castigar los desmanes, algo que la milicia tratará de impedir. La actuación del ejército es descrita al hablar del estruendo de cajas y cornetas, de ruido de la caballería, del ronco y estrépito de la artillería y de las voces de mando, al tiempo que se sugiere que muchos soldados se pasaron al bando de los revoltosos. Las consecuencias fueron nefastas para el jefe: "¿Qué es aquello que arrastran? Sí, arrastran una cosa llena de polvo, y que deja tras de sí un rastro rojo. ¡Dios mío! arrastran al general (...). Son sus vestidos, sus galones, su faja; ¡Dios mío! ¡cuánta sangre! ¡que le matan, infeliz, que le matan!". Y luego llega la explicación: "El delito de

ciona uno de los personajes: "Han muerto al general y le han quemado. También queman los archivos de la policía. Han muerto a tiros a los que defendían la gran fábrica de vapor (...), aquella fábrica que daba sustento a tantas familias (...), la han incendiado". Los últimos desmanes que se citan son el asalto a la aduana, donde "hay bienes que repartir a los pobres". Es la misma síntesis que ofrece Vicente de La Fuente en su *Historia eclesiástica de España* (1875): habla del general "a quien después de asesinado arrastraron por las calles y quemaron en una hoguera formada con los papeles de la policía. Aquella misma noche ardió la fábrica de Bonaplata, y se trató de saquear la aduana".

En la tercera parte de esta obra (*Las delicias del claustro*) describe vívidamente

un episodio más de los disturbios que se produjeron en la ciudad condal: la matanza de presos (mayormente militares y soldados carlistas) que se hallaban a la espera de consejo de guerra en la ciudadela. Las turbas atacaron el fuerte ante la incapacidad de los guardianes de disparar contra ella y asesinaron brutalmente a los detenidos, cuyos nombres y graduaciones se citan (sesenta y tres individuos). En aquella guerra menudearon las bestialidades en uno y otro bando.


Afición al misterio

Las ruinas de mi convento es presentada en el manual de Palau como "célebre obra del género de las de Goethe y Chateaubriand y que en nada cede a las mejores de su tiempo y asunto romántico". Efectivamente, hay una búsqueda del ideal por encima de las eventualidades materiales, al que se resigna si es preciso la vida humana; afición al misterio y un lamento por las incomprendiones, al tiempo que se percibe el regusto por los tiempos idos, que toma forma en los restos de piedra producidos por el paso de los siglos o, en este caso, por la vesania de los hombres. A Patxot se le podría incluir en el llamado romanticismo católico, al que también se sumará muy poco después otro menorquín, José María Quadrado.

La distancia del autor respecto al pueblo amotinado es manifiesta en todas las páginas de esta novela: "Nada más horroroso que la desaforada gritería de la muchedumbre que en aquel momento pasaba por debajo de la ventana. Aquello no eran voces humanas, no eran gritos que se hubiesen oído en alguna parte, no eran los clamores más terribles en la guerra acostumbrados, ni los alaridos salvajes de gente victoriosa: eran una especie de ahullidos (*sic*) agudos, vibrantes, prolongados, salidos a un tiempo de las fauces de mil fieras salpicadas en sangre, y de ella tanto más sedientas cuanto más bebido habían".

Hasta los niños inocentes reciben de sus embrutecidos padres la enseñanza de un catecismo que cuesta bien poco de aprender, ya que sólo contiene una vibrante consigna: "¡Viva la libertad, y mueran los frailes!"

PARA SABER MÁS

-  BALDELLS, A., *Historia Contemporánea de Cataluña*, Barcelona, Edhasa, 1983.
- FONTANA, J., *La fi de l'Antic Règim i la industrialització 1787-1868*, vol. V de *Història de Catalunya*, dir. por Pierre Vilar, Barcelona, Edicions 62, 1988.
- VV AA, *Manual de Historia de España, 5. Siglo XIX*, Madrid, Historia 16, 1990.